

# alegría en el trabajo

jorge alberto  
naranjo

Es un lugar común afirmar que el trabajo es castigo, condena que se impuso a los hombres desde cuando el paraíso se tornó valle de lágrimas. Pero se trata de un profundo error filosófico, con lesivas consecuencias para el bien común. Lo que se constata, por el contrario, al examinar la vida de los hombres creadores, es una enorme alegría puesta en el trabajo, una alianza perseverante del deseo con la acción. Al enseñar que el trabajo es castigo y no vía de liberación, al enseñar que el trabajo nos llega como por fuerza, y no por humana elección, se propaga la idea de una antítesis entre placer y deber según la cual lo negativo, lo coercitivo, lo triste y fatigante es el deber, mientras lo propio de la felicidad es el estar ociosos. Se propaga como imagen del trabajo la de los trabajos forzados. Y esto —enseñado y predicado cada que hay ocasión— se termina convirtiendo en objeción del alma al trabajo, en deseo de huir hacia no se sabe qué paraísos artificiales, en imposibilidad de vivir el trabajo como obra en marcha. Y, como hay, de todos modos, hasta el trabajo de mantenerse ociosos, la vida entera se torna pesimista, indiferente, sin ilusiones.

La dualidad placer-deber nos enseguece colectivamente, nos hace vivir sin medida, entre hiatos de autoconciencia. Rara vez se accede a esos largos períodos de la vida en andante, de la vida continua, serena, jovial hasta en el infortunio. El presente no es ya presente, no nos estacionemos a gusto en él, es presente opresivo si trabajamos, es tiempo perdido si estamos ociosos. Enseñar la alegría inmanente del trabajo es, pues, tarea urgente. Eso nos hizo grandes en tiempos de Tomás Carrasquilla y don Baldomero Sanín Cano, en tiempos de Alejandro López, Uribe Angel o Esteban Jaramillo. Eso nos mantendrá firmes en estos tiempos de infortunio.